

rada y medida por el juicio sereno de Calvino, le retraía de acceder al pensamiento acariciado por su exaltadísimo correligionario. Ginebra pertenecía por su temperamento excepcional á la estirpe gloriosa pero inquieta de todas esas grandes ciudades nerviosísimas en quienes las ideas vibran, truenan, arden como verdaderas chispas eléctricas. Aquella República ginebrina, en sus angustias, no pudiera vencer á tantas gentes sin contar con sus inspiraciones que le daban muchas victorias, pero también muchas inquietudes. Él, receloso como un gamo alpestre, inquieto como un ave canora, reservado hasta el misterio, lacónico hasta el silencio, encontrábase por sus propias virtudes en pugna irreductible con la ciudad de las Asambleas en deliberación y de las facciones en armas. Al oír tales excusas, la palabra miedo se dibujó en la sonrisa desdeñosa del heroico Farel. Y al sentir Calvino que tal palabra vibraba en los labios de Farel, dióse á partido como en holocausto al redentor divino por cuyo Evangelio vivía. Pero aun dándose á partido, allá en los secretos más íntimos de su alma, recurría á todos los medios de persuasión para preservarse del sacrificio y mover al tribuno. Su voz tomó los acentos de reclamo dulcísimo y se dirigió á la piedad propia de aquel ánimo en cuyo seno entraba la compasión como en el seno de todas las naturalezas valerosas. Nada pudieron las súplicas, nada los sollozos. El gran combatiente sabía preservarse lo mismo del terror de sus enemigos que de la seducción de sus amigos. Mientras Calvino porfiaba, pedía, sollozaba, recordando la necesidad de reposo y las aptitudes para los estudios, Farel se levantaba, como si fuese á tomar inexpugnable fortaleza, extendía las dos manos sobre la frente del joven predestinado, alzaba los ojos al cielo como si pidiera auxilios al espíritu divino, crecía como si tomase la estatura del pensamiento que iba en aquel minuto á proferir, y tronando cual tronara en las Asambleas populares dirigía una imprecación de tal suerte formidable que Calvino tembló, sollozó, hincóse de rodillas, bajó la frente hasta el suelo, y como aquellos profetas que vieran á Dios en las cimas bíblicas del Carmelo y como aquellos discípulos que vieran á Cristo en las cimas evangélicas del Thabor, sus ojos se deslumbraron al resplandor vivísimo de la mirada de Farel y sus labios dijeron que había visto en tan extraño deslumbramiento lo invisible, lo incommunicable y lo eterno. Rindióse, pues, y se decidió á quedarse allí en Ginebra.

Cuando el viajero llega en sus excursiones al lago de Lemán, después de admirar las tranquilas aguas que parecen dormidas en una copa de zafiro como si reposaran á fin de tomar impetuoso empuje al precipitarse convertidas en el rápido Ródano, después de admirar estas plácidas escenas de la naturaleza riente contrastada por las altas rotondas de nieves perpetuas que ponen el silencio y la desolación sobre los idilios y las églogas de pastoriles campos; diríjese á la elevada Catedral surgida en los crepúsculos del gótico, Catedral llamada el San Pedro de los protestantes porque aun vaga bajo sus bóvedas la sombra severa y adusta del reformador Calvino que la llena con su pensamiento y con su palabra. Las estatuas han caído, se han borrado los cuadros; sobre los altares desnudos no se alza ni siquiera la Cruz; algún sepulcro interrumpe la uniformidad de aquellas naves; algunos ornamentos de románica manera esmaltan los chapiteles de las columnas y recuerdan el origen ortodoxo del monumento; algunos vidrios de colores trazados en el siglo décimoquinto penden de las altas ojivas recordando la religión que se ha ido, como las nubes inflamadas al ocaso recuerdan el sol que se ha puesto; pero dentro de aquella simbólica en piedra de una fe ya extinta, solo se descubre el alma sombría del severo revolucionario. Nadie tan lógico para enlazar en serie las ideas; nadie tan diestro para organizarlas en sólidas instituciones; nadie tan sutil para dividir las del misticismo que extrema ó del racionalismo que enfria y hiela; nadie tan acertado para deducir las consecuencias morales y las consecuencias políticas de la revolución religiosa. Severo hasta la irreconciliable adustez, disciplinario hasta convertir las sectas en ejército y los sectarios en soldados; político hasta hacer del poder civil el brazo armado y secular de su Iglesia como pudiera un católico; no hay que juzgarlo, no, según nuestro siglo, sino según el suyo; no según nuestras ideas para las cuales nada tan repugnante como la coacción religiosa, sino según las ideas de aquel siglo que consideraba el gobierno como un órgano de la Iglesia y que creía todo género de autoridad perdido para las religiones si no se asistían y ayudaban del poder civil y de sus fuerzas. En este punto pocos hombres tan repulsivos á la conciencia liberal de nuestro siglo como el teólogo excomulgador de los disidentes, verdugo abominable de Servet á quien admiramos como una de las glorias mayores de la ciencia y queremos como una de las ilustraciones

primeras de la patria. Pero no pueden juzgarse las grandes ideas con arreglo al tiempo nuestro, sino con arreglo á su tiempo, y sobre todo á su oriente. Creedlo, la idea es á un mismo tiempo negacion y afirmacion, antítesis de las ideas precedentes y tésis de las ideas sucesivas que se desarrollarán y enlazarán por necesaria y dialéctica serie. Y como es negacion la idea nueva de las ideas precedentes, es tambien contradiccion y combate. Calvino en tal necesidad, no podia ser organizador sin desorganizar los organismos precedentes. Y no podia desorganizar estos organismos sin combatir. Y no podia combatir sin dar á sus esfuerzos el carácter natural á la guerra, el carácter de un despotismo en frente de otro despotismo. Se lucha por ideas mas progresivas ó por ideas mas reaccionarias, pero cuando esa lucha llega en sus empeños é incidentes á la violencia, los medios de fuerza son análogos en una y otra causa como están de igual suerte organizados los contrarios ejércitos. Y sin embargo, aquel hombre levantó la conciencia sobre todas las facultades, la moral sobre toda la vida, la libertad como el corolario de todos los dogmas, Cristo como único soberano de los pueblos, la democracia como el Cristianismo práctico, educando á Suiza, Holanda y América, las cuales brillarán eternamente como faros inextinguibles en los cielos del espíritu moderno y servirán de tipo eterno y de eterno ideal á todas las repúblicas.

CAPITULO IV

PRIMEROS DIAS DE CALVINO EN GINEBRA

El hombre llamado á renovar el espíritu cristiano pecaba de timidez, diferenciándose mucho en esto del audaz Lutero, en quien predominaba con el espíritu de innovacion el valor propio de los heroicos guerreros del pensamiento. Queriendo sin duda la sociedad que resultase la mas democrática de todas las tendencias protestantes la menos personal, encomendóla con la seguridad propia de su instinto á un jóven de bien firme voluntad, pero de bien poco imperio sobre los demás, por las apariencias de energía interior que suelen reemplazar en los reformadores faltos de fuerza coercitiva los ejércitos numerosos y los medios tangibles de los dominadores y estadistas. Aunque Farel, representante verdadero de la voluntad y de la accion material en aquellas supremas crisis, incitaba con perseverancia el ánimo de Calvino á tomar tanto la direccion de la Iglesia como la direccion del Estado en Ginebra, esquivábase y resistíase con tenacísimo empeño el jóven francés repulsivo á los estruendos del combate y amante de la meditacion reservada y del secreto y reflexivo estudio. Como la naturaleza del orador pide por sus vocaciones íntimas el combate y Calvino lo rehuía por timidez irremediable, apartábase de hablar con cuidado perseverante y concentraba en meditar y escribir sus grandes y luminosas facultades.

Así aquel hombre, cuyo pensamiento debía deducir las últimas consecuencias sociales del Cristianismo evangélico y cuya obra debía llegar en su crecimiento progresivo hasta los senos del Nuevo Mundo, entraba en los treinta años con humildes apariencias de modesto estudiante y recogía la